

que se siguen, y son de letra de la santa madre. Con esta advertencia pondremos al pié de tan primorosa imagen dos palabras, para que á vista de sus sombras, campee mas su perfeccion: pues retocarla seria temeridad, como el querer llegar con la pluma á donde no se atreve el pincel.

4. Al número primero dice: *Que en la oracion pocas veces puede tener discurso; porque luego comienza á recogerse el alma, y queda en quietud, ó arrobamiento.* El varon espiritual presto se recoge, decia el venerable Kempis (Kemp. l. 2, c. 1). La materia bien dispuesta presto se enciende. Tan dispuesta estaba la alma de Teresa para la oracion, que siempre ardia el fuego del Señor en el altar de su corazon.

5. En el número segundo dice: *Que muchas veces, sin pensar cosas de Dios, le venia de presto un levantamiento, y recogimiento de espíritu, que no se podia valer.* Así sucedia tal vez á los profetas, que cuando menos pensaban, venia sobre ellos el divino Espíritu, y los levantaba al conocimiento sobrenatural. Estas ilustraciones repentinas, dijera yo que son como unos relámpagos sabrosos, que giran por el cielo de la alma, y de repente la iluminan; son silbos suaves del divino Pastor, que se oyen con gusto, y se perciben con amor: *Quia sciunt vocem ejus* (Joan. 10, 5): son ciertos billetes que envia el Amado, como enseña la Santa, que aunque vengan sin firma, bien se conocen por la letra (Morad. 7, c. 3, n. 7): son unas influencias suaves de la divinidad, que de presto dejan divinizada el alma.

6. (*Ansias de ver á Dios*). En el número tercero declara las ansias que á veces tenia de morirse, y ver á Dios, como otro Pablo, que decia: *Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo* (Ad Phil. 1, 23). Y dice, que es tanto lo que aprieta este deseo, que si Dios no lo remediase con darla á ver algo de lo que desea, era imposible salir de tanta pena: *Ipsa vulnerat, et medetur* (Job. 5, 18). En las heridas del amor solo el que hiera, sana. De la venerable Catalina de Jesus, hija querida de esta fenix amorosa, se escribe, que descaba tanto salir de esta vida, que estando ya casi deshanciada, la dijeron, que presto moriria: fué tal su consuelo con la noticia, que luego quedó sana; y pesarosa de ver frustradas sus ansias, llamaba á la muerte con esta copla:

Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el gusto de morir
No me vuelva á dar la vida.

7. En el número cuarto se queja de verse atada con su cuerpo; porque á no lo tener haria en el servicio de Dios cosas muy señaladas. Con la misma queja esclama el Doctor de las gentes: *¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* (Ad Rom. 7, 24). Mas sin embargo del embarazo de sus cuerpos, obraron san Pablo y santa Teresa cosas muy señaladas en el servicio de Dios. Ambos fueron en su proporcion gigantes en la virtud, prodigios de santidad, nobles blasones de la divina gracia, y vasos escogidos, que esparciendo por el mundo los suaves unguentos del nombre del Señor, ilustraron la Iglesia con sus obras y doctrina.

8. (*Penitencia de la Santa*). En el número quinto vuelve á quejarse

de la flaqueza de su cuerpo; porque por sus muchas enfermedades, no podia hacer las penitencias que quisiera: *Esto, dice, me aliviara, y alivia, y alegre; aunque no son casi nada.* ¿Casi nada es traer su cuerpo virginal rodeado y ceñido de cadenas, silicios y rallos? ¿Casi nada es castigarlo con cordeles, ortigas, y manojos de llaves, hasta hacerle correr á rios de sangre? ¿Casi nada es depositarlo, y revolverlo en cama de espinas agudas, y penetrantes? Que lo hicieran un san Benito, san Bernardo, san Francisco, y otros para reprimir los brios de la carne, es ejemplo admirable, pero Teresa que ignoraba sus resabios, dotada de una pureza de ángel, ¿por qué, ó para qué? Para conversion de infieles y hereges, dice la Iglesia: y se puede añadir, que para afrenta de nuestra cobardia, para confusion de delicados, y para desahogo de las ansias de su abrasado corazon.

9. En el número sexto dice el alivio grande, que hallaba en la soledad, y de la pena que le causaban el trato y bullicio de las criaturas; y añade, que aun las personas con quien trataba cosas de oracion, y de alma, alguna vez la cansaban, y no queria verlos, sino irse á donde estuviese sola; lo cual es muy conforme á lo que escriben los sagrados Evangelistas de Cristo nuestro Señor, que se iba á los montes solo á orar: *Ascendit in montem solus orare* (Matth. 14, v. 23). Retirabase de la compañía, no solo de los mundanos, sino aun de sus mismos discípulos, como reparó san Bernardo: *Solus in oratione pernoctabat, non modo se à Turbis abscondens, sed nec ullum Discipulorum admittens* (S. Bern. serm. 40, in Cant.). Enseñándonos, prosigue el santo, á hacer nosotros lo mismo: *Ergo et tu fac similiter, quando orare volueris.* Porque al fin son pláticas de hombres las que se tienen con los hombres; y aunque sean espirituales, siempre distraen, pues como dice el mismo santo: Cada vez que traté con hombres, volví menos hombre. Siempre fué mejor hablar con Dios, que con los hombres.

10. En el número sétimo dice lo mucho que sentia verse precisada á comer, dormir, y dar al cuerpo otros alivios necesarios. Oigan esto los que no parece nacieron sino para cuidar del regalo de sus cuerpos. Gran pension es para los santos haber de cuidar del cuerpo. David pedia á Dios le librase de este gravamen: *De necessitatibus meis erue me* (Sal. 24, 47). El santo Job suspiraba antes de llegar á comer: *Antequam comedam suspiro* (Job. c. 3, n. 24). Y es, que cada bocado le costaba un suspiro; porque deseando salir de esta vida, sentia el haberla de conservar con la comida. Santa Teresa ofrecia á Dios, por uno de los mayores sacrificios, el verse precisada á cuidar de su cuerpo.

Añade: Todo el tiempo me parece breve. Así lo dijo el Apóstol: *Tempus breve est* (1. ad Corinth. 7, v. 29). *Leo, dice, muy poco, porque en tomando el libro, luego me recojo; y así se vá la leccion en oracion.* ¡O qué buena leccion, la que se convierte en oracion! De esta suerte hemos de leer, si queremos que la leccion nos aproveche. Antes no podia orar sin leer, ahora no puede leer sin orar. En diez y ocho años no pudo tener oracion sino con el libro abierto (Vid. c. 8, n. 4); mas ya no lo necesita, porque en premio de su heroica perseverancia, la hizo el Señor maestra de la oracion y doctora de la teología mas sabrosa.

Ando siempre deseando tiempo, prosigue, y esto me hace siempre de-

sabrida. Si la Santa no lo dijera, apenas lo podríamos creer en su condición suave, dulce y amable. Pero es mucha verdad, y con ella nos enseña, que no estrañemos en las personas espirituales estas desazones interiores, con que acrisola el Señor á los santos. Confirma este crisol en el libro de su Vida por estas notables palabras: *Tener conversacion con nadie es peor; porque un espíritu tan disgustado pone el demonio, que parece á todos me quisiera comer, sin poder hacer mas* (Vid. c. 30, n. 9). En tales ocasiones, añade la Santa, harto hacen los que esto padecen, en no hacer, ni decir cosa que sea contra Dios, y el prójimo. Consuélese con esta doctrina los desabridos; y los que viven cargados de ocupaciones endulcen su molestia con la experiencia de la Santa.

11. (*Provecho de las visiones*). En el número octavo dice las mejoras que lograba su alma con las visiones y revelaciones; porque la dejaban con deseos, y determinaciones heroicas de servir y agradar mas á Dios. Viendo Abraham la tierra fértil, que Dios le prometia, trabajó con valor para conseguirla. Nosotros, que vemos con los ojos de la fe la abundante tierra de Promisión; percibiendo, aunque de lejos, las fragancias de la Arabia celestial, debemos alentarnos para gozarla. Pues es cierto, que no son condignas las pasiones de este tiempo, para la futura gloria que esperamos (Ad Rom. 8, 18).

12. En el número nono hallamos una bella confirmacion de lo que acabamos de decir; pues hace mencion la Santa del estupendo voto que hizo de obrar siempre lo mejor. La materia del voto, como dicen los teólogos con santo Tomás, ha de ser siempre de cosa mejor: *De meliori bono* (D. Th. 2, 2, q. 88, art. 2); pero basta que sea mejor que su contrario. Lícita, y buena es la posesion de la hacienda que Dios dá, pero mejor es su renuncia; y así, la pobreza voluntaria es materia de voto, porque es mejor que su contrario, que es la posesion. A este tenor son los demás votos. Todos son actos loables de la altísima virtud de la religion, y por eso muy agradables á Dios. Pero voto de hacer en toda materia lo mejor, es voto sumamente árduo, como dice Gregorio XV, y Urbano VII. Voto, que no solo abraza toda la dilatada esfera de la perfeccion, no solo comprende toda la florida provincia de las virtudes, sino lo mejor y mas perfecto de todas ellas. Voto, como le llaman unos, propio de ángeles; y como otros dicen, solo propio de serafines. Voto verdaderamente á todas luces admirable, y á todo encarecimiento superior, y solo igual á las ansias, y amor de este humano serafin. Pasma y asombra, que en una criatura vestida de la flaqueza mujeril, haya valer para obligarse á tanto, y cumplirlo con tanta perfeccion. Vean si á Tefesa estorba su cuerpo para hacer cosas señaladas en servicio de Dios.

13. (*Obediencia angélica*). En el número décimo dice la puntual obediencia que tenia á su confesor; lo cual no es mucho, con lo que acabamos de oír. Añade, que no solo obedecia á lo que mandaba, sino á lo que entendia que gustaba. Antes que llegase la voz del mandato, ya estaba obedecido. Así obedecen los ángeles: *Ad audiendam vocem* (S. 102, 20).

14. En el número undécimo dice sus deseos de la pobreza evangélica. La que plantó en su reforma, testifica, que sus deseos llegaron á la obra. Llama imperfeccion lo que sentia no tener que dar. Para un ánimo ge-

neroso, no hay mayor sentimiento, que verse imposibilitado para dar. Esta es una cruz bien penosa, en que viven enclavados los que dejaron todo por Dios.

15. En el número duodécimo dice: Que casi todas las visiones le han hecho provecho (Vid. cap. 25, n. 6). Yo digo, que sin casi todas le han aprovechado; porque las visiones con verdadera humildad nunca hacen daño; pues la humildad, aun lo que pudiera ser malo, convierte en provecho. Dos, ó tres veces se atrevió el demonio á trocar su horrible oscuridad en la de luz, para engañar á la Santa, pero se quedó tan confuso como estaba. Quien se atrevió á Cristo en el Desierto (Matth. 4, 3), no hay que admirar se atreva á los santos.

16. En el número trece dice: Que toda la hermosura y riqueza del mundo le parece basura, comparada con la que suele ver del cielo: *Si consideremus*, dice san Gregorio, *quæ, et quanta sunt, quæ nobis promittuntur in Cælis, vilescunt animo omnia, quæ habentur in terris* (D. Greg. hom. 37, in Ev.). Todo lo de la tierra me parece asco cuando miro al cielo, decia el gran padre san Ignacio.

17. En el número catorce dice: Que se violentaba para haber de tratar con gentes. No lo estrañen, porque la dijo su amante Esposo una vez: *Ya no quiero que tengas conversacion con hombres, sino con ángeles* (Vid. cap. 24).

18. En el número quince dice: Que aun las cosas de regocijo de que solia ser amiga, ya le daban en rostro. Dice san Anselmo, que así como nadie puede servir á dos señores, así nadie puede gozar de los regocijos, y contentos del mundo, y del cielo (Alap. in Epist. ad Phil. c. 4, v. 4). En todos sus escritos nos enseña esta doctrina la Santa; y muchas veces repite, que un instante de gozo que dá el Señor en la oracion, vale mas que todos los gustos y regocijos del mundo (Vid. cap. 57, n. 8). Todos los contentos del mundo, comparados con los contentos de Dios, son tristeza, y amargura, dice san Juan de la Cruz.

19. En el número diez y seis declara el fervor escesivo con que deseaba amar y ver á Dios. Ya tenia dicho al número tercero cuasi lo mismo; pero como es tanto el incendio de su amor, quiere otra vez desahogar las ansias de su corazon: *Amantri semel asperisse, non sufficit, quia vis amoris intentionem multiplicat inquisitionis* (S. Greg. hom. 25, in Ev.). La fuerza del amor la hace repetir las cláusulas, por dar algun respiradero á su alma por la pluma. Sofocada de estas amorosas ansias, cada vez que oia el reloj, decia: *Gracias á Dios, que tengo ya una hora menos de vida*.

20. En el número diez y siete dice: Que se alegraba con las personas desasidas y animosas en el servicio de Dios; con aquellas almas, que desconfiando de si en todo, y para todo confian en Dios. Un sabio se alegra con otro sabio; un valiente con otro valiente; un santo con otro santo; porque cada cual busca á su semejante, y se alegra de hallarle, porque ellos se entienden en su lenguaje. El lenguaje de Teresa era: Busquemos el reino de Dios, y todo lo demás se nos añadirá (Matth. 6, á v. 25). Todo lo puedo en aquel que me conforta (Ad Phil. 4, 13). Arrojemos nuestros cuidados en Dios, que él cuidará de nosotros (Sal. 54, 23). A todos querria á la medida de su gran corazon.

21. En el número diez y ocho esplica la manera de la virtuosa, y prudente confianza en Dios, que no quite el procurar los medios ordinarios, y conducentes para lo necesario á la vida, sino la demasiada solitud, y afan. Porque como dice la glosa interlineal sobre aquellas palabras: (*Nolite solliciti esse*) *Non labor, et providentia damnatur, sed sollicitudo mentem sofocans* (Interloc. 22, q. 55). La providencia económica es virtud, la avaricia, y codicioso afan es vicio. Así lo enseña el angélico Doctor, poniendo por ejemplar at que lo es de toda virtud (D. Th. 2, 2, q. 55, art. 7, ad 3).

22. (*Es la humildad la guardajoyas del cielo*). En el número diez y nueve dice: Cuan distante vivia de la vanagloria, y que instruida de la verdad, conocia, que nada ponía, ni tenia de si en los favores que recibia de Dios. La humildad es la guardajoyas del cielo, y como el Señor queria depositar tantos tesoros en su alma, la dotó de una excelente humildad para su resguardo.

23. En el número veinte confirma lo dicho, espresando el juicio que tenia formado de su propio concepto: *Me parece, dice, no ha habido otra peor en el mundo, que yo*. Si no se nos enojara la Santa, la dijéramos, que se levantaba un grandísimo testimonio. Pero ya la defiende el angélico Doctor, esplicando, como los santos en estas espresiones hablan verdad, enseñados de la soberana luz, para mirar en los otros lo que tienen de Dios, y en sí solos lo que tienen de sí mismos (D. Th. 2, 2, q. 161, ad 1). Si Luzbel perdió la primera silla por su gran soberbia, no ha faltado quien diga, que santa Teresa la merece por su humildad profundísima.

24. En el número veinte y uno dice: Que á poca oracion ó consideracion que tuviese, nunca podia pedir, ó desear descansos, sino trabajos. De aquí le provenia aquel valor heróico, con que solia decir: *Señor, ó morir, ó padecer*.

25. (*Libro vivo*). En el número veinte y dos dice: Que las cosas de perfeccion se le imprimían tanto en la oracion, que se espantaba de ver tantas verdades (Vid. cap. 26, n. 5). Aquí ya se la dió aquel libro vivo que la prometió el Señor. Estaba la Santa afligida en una ocasion, porque se prohibieron ciertos libros, que la daban devocion, y su Majestad la dijo: *No tengas pena que yo te daré libro vivo*. Y añade allí la Santa: Casi ninguna necesidad he tenido de libros, su Majestad ha sido el libro verdadero. Bendito sea tal libro, que deja impreso lo que se ha leído. En este libro leía san Felipe Benicio, segun dice la Iglesia. En este estudiaba el seráfico Doctor, segun dijo á santo Tomás. Estudiemos en él, para que se nos queden impresas las verdades eternas.

26. En el número veinte y tres dice: Que aunque vea en algunas personas cosas que claramente parezcan pecados, no se determina á juzgar hayan ofendido á Dios. ¡O excelente caridad! Aquella misma, que dice san Pedro: *Charitas operit multitudinem peccatorum* (1. Petr. 4, 8): La caridad cubre la muchedumbre de los pecados. Cuando no se puede excusar la accion, dice san Bernardo, excútese á lo menos la intencion: *Excusat intentionem si opus non potest* (S. Bern. serm. 40, in Cant.). Así lo hacia santa Teresa, enseñándonos la caridad verdadera.

Añade: Que nunca la fatigaban estas cosas, sino la comun de las be-

regias. Estas sentia, estas lloraba, estas fatigaban su alma. En premio de su ardiente celo, y de lo mucho que trabajó por su reduccion, la premió su Esposo con especial gloria, y la constituyó patrona y protectora de la conversion de los hereges, como ella misma reveló á su amada parienta la venerable Antonia del Espiritu Santo (Hist. tomo 3, l. 9, c. 11, n. 5).

27. En el número veinte y cuatro dice: Que tambien se halla mejorada en mortificarse en curiosidades. Bien hace la Santa de ponderarnos en esta materia su mortificacion, porque esta debe ser la mayor victoria de una mujer.

28. (*Es el amor gran despertador*). En el número veinte y cinco dice: Que aunque trataba negocios temporales, estaba de continuo en presencia de Dios, sin saber quien la despierta. Gran despertador es el amor. Este despertaba á Teresa, para pensar siempre en Dios. Dime lo que piensas, y te diré lo que amas. Allá se vá el pensamiento, á donde está el amor; porque la alma, segun Aristóteles afirma, mas está donde ama, que donde anima. Amemos mucho á Dios, y pensaremos siempre en Dios.

29. En el número veinte y seis puede ser consuelo de pusilánimes, pues en el verán, que aun los mayores santos se hallaban algunas veces faltos de ánimo, de aliento, de virtud, de fortaleza, de consuelo, de alegría, de fervor; tímidos, tristes y pusilánimes; de modo, que en esos dias no están para hacer, sino para padecer; solo están para resignarse, y decir como pudieren: Señor, ¿qué quereis hacer de mi? *Domine, quid me vis facere?* (Act. 9, 6). O lo que decia nuestro soberano Maestro en el Huerto: *Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma* (Matth. 26, 41). No se haga, Señor, mi voluntad, sino la vuestra. El espiritu está pronto, aunque la carne enferma; pues como dice en otra parte la Santa: se conforman con la voluntad de Dios, aunque se aflige el natural.

30. En el número veinte y siete dice la facilidad con que el Señor serena, cuando quiere, toda esta tribulacion; aclara el entendimiento, enciende la voluntad, aviva los deseos, y sana al alma, y cuerpo, en especial con la sagrada Comunión. ¡O doctora celestial, como sabeis aplicar las medicinas saludables, conociendo la eficacia de su virtud! Otro dijera, que hallándoos el sugeto con estas dudas, temores, cobardía y pusilanimidad, no seria bien llegar á la sagrada Comunión; pero esto seria huir del médico, porque está enfermo; huir del calor, porque está frio; huir de la fuente, porque está sediento; huir del pan, porque tiene necesidad; mas segun la doctrina de nuestra doctora celestial, lleguen las almas atribuladas, que en esta soberana mesa hallarán cuanto necesitan. El mismo Señor es el que llama; él mismo es el que convida; él mismo es el que promete á las almas cuanto pueden desear: *Venite ad me omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos* (Matth. 11, 28): Venid á mi todos los atribulados, que yo os recrearé. Así recreaba á su amada esposa, cuando estaba atribulada, dándole salud de cuerpo, y alma en esa divina mesa.

31. En el número veinte y ocho reconoce humilde los muchos bienes que debia á Dios por las mercedes extraordinarias que la hacia. Porque

ellas, dice, fueron medio, no solo para alentarla, y afervorizarla en su amor y servicio, sino para sacarla del infierno. Y añade, lo cual saben bien mis confesores. Todos á una voz contestan, que no pecó mortalmente en toda su vida, ni perdió la primera gracia. Y si es por no perder ocasión de ejercitar su acostumbrada humildad, sepan que hace bien, pero no la hemos de creer en este particular.

32. En el número veinte y nueve dice: Que cuando estaba en la oración, aunque se juntasen todos los santos y letrados del mundo, y la diesen todos los tormentos imaginables, no podían hacerla creer que era demonio, sino que estaba tan cierta que era Dios, que aunque quisiese, no podría creer lo contrario. Esta sin duda es la mayor señal para calificarla por espíritu de Dios; porque las contrasenas, é ilusiones del demonio no traen esta firmeza, y quietud. Así lo enseña la misma Santa en varias partes de sus Obras, y al capítulo tercero de las Moradas sextas. La certeza que aquí dice es una luz sobrenatural, comunicada al entendimiento, con tanta claridad, que le precisa á asentir á que es Dios el que le habla. A este soberano conocimiento llaman los teólogos evidencia *in attestante*, ó certeza de que es Dios el que habla. Tal fué la que tuvieron los ángeles en el primer instante de su creación; nuestros primeros padres, los patriarcas, los profetas, y los apóstoles: porque fueron inmediatamente instruidos por Dios con tan firme y claro conocimiento, que no podían dejar de creerlo, ni dar en esto asenso contrario.

Es verdad que no todos tenían igual obligación á sentir, y creer; porque no á todos se comunicaba igual luz, y claridad. El príncipe de la Iglesia san Pedro, cuando estaba en la cárcel de Jerusalem, no luego conoció era ángeles el que le hablaba: *Existimabat se visum videre*. Parecíale cosa de sueño, hasta que desapareció la vision, y volvió en sí, y entonces conoció que era verdadero ángeles, enviado de Dios, para su libertad: *Nunc scio vere, quia misit Dominus angelum suum* (Act. 12. 11). Por esta causa se pueden excusar de culpa, á lo menos mortal, los que luego dieron crédito á semejantes revelaciones, como de hecho excusaron los santos Padres á Sara, Zacarias, y otros, que no las creyeron luego, ó dudaron de ellas. Pero cuando la revelacion viene con la luz que tuvo nuestra gloriosa madre, trae consigo tal claridad, que hace evidencia *in attestante*: de modo, que el entendimiento queda cierto, y firme que es de Dios la locucion; pues aunque no tenga evidencia de la verdad revelada, la tiene de que es Dios quien la revela.

33. Materia es de gran controversia entre los teólogos, si las revelaciones privadas, hechas á personas particulares, pertenecen al objeto de la fe; y si se deben creer por los mismos que las tienen con acto de fe teológica, ó de otra fe particular, que se numera entre las gracias *gratis datas*; lo cual podrá ver el que gustare en nuestros sapientísimos padres Salmanticensis, en el tratado de *Fide* (Salmant. Schol. tract. 17. disp. 1. dab. 1.), donde con el lleno de erudicion que acostumbra, satisfacen á todo lo que al intento puede ocurrir, siguiendo siempre la mente del angélico Doctor. Aquí basta notar cuán ajustado fué el espíritu de santa Teresa á los rigores teológicos; y que su doctrina es una teología escolástica, ilustrada con luces soberanas de la mística, y espiritual, aprendida inmediatamente de Dios.

34. Al número treinta dice: *Aunque puedo pensar que podía mezclarse alguna vez demonio, y esto es así como he dicho, y visto; mas trae diferentes efectos*. Ocuire la Santa aquí á una objecion que se la podía hacer; porque supuesto que hay revelaciones falsas, y que el demonio se transfigura tal vez en ángeles de luz, como dice el Apóstol: ¿de dónde sabra el alma que aquella revelacion es verdadera, para que persuadida de la verdad, la dé asenso infalible? (Ad Corinth. 11. 14). Porque dejar esto al juicio de cada uno, es abrir puerta á muchos engaños.

A esta objecion responde la Santa en este número, lo que el Señor en su Evangelio: *Ex fructibus eorum cognoscetis eos* (Matth. 3. 10). El árbol se conoce por sus frutos, y la revelacion por sus efectos: *Trae, dice, diferentes efectos*. Espicalos admirablemente en los capítulos veinte y cinco de su Vida, y al tres de las Moradas sextas, ya citadas. Para saber el alma si es verdadera revelacion, bástale aquella claridad, y luz con que la hace asentir á su verdad, ó á que es Dios. Para distinguirla del todo de las ilusiones del enemigo, mirese sus efectos. Esto es declarar la verdad de la revelacion á priori, y á posteriori, ó por sus causas, y efectos, que es lo mismo.

35. Seguíase, que nos delarase la maestra celestial, cómo se ha de portar el alma en su uso, y esto hace con lo que añade en este número: *Con todo eso, digo, que aunque creo que es de Dios ciertamente, yo no haria cosa alguna, si no le pareciese al que tiene cargo de mí, que es servicio de nuestro Señor, y nunca he entendido, sino que obedezca, y no calle nada*. ¡O maestra del cielo, dada en los últimos siglos á la católica Iglesia para ejemplar, y modelo de las almas! Las que niveladas á esta regla tan derecha caminaren las sendas de la virtud, llegarán seguras á la cumbre de la perfeccion. Aquí nos enseña la Santa, que se compadece muy bien, saber ciertamente que la revelacion es de Dios, y obrar contra ella, si así lo dispone el que está en lugar de Dios; porque eso es obedecer mejor á Dios: *Qui vos audit, me audit* (Luc. 10. 46). En lo cual fué singular el ejemplo de la Santa, y por tal es celebrado en la Iglesia.

36. En el número treinta y uno dice: *Que mucho se ha alargado; pero que para decir los bienes, con que en la oracion se halla enriquecida, queda corta*. Por mas que se alargue la pluma en referir las virtudes, gracias, privilegios, dones, y tesoros inestimables, con que el Señor dotó á esta su regalada esposa, siempre quedara corta.

37. En el número treinta y dos dice: *Estas son las perfecciones, las que siento haber obrado el Señor en mí, ruin, y imperfecta*. Este decoroso reconocimiento no se opone á la humildad, como dice el angélico Doctor (D. Th. 2. 2. q. 161. art. in corp.), porque los santos reconocen humildes los dones que han recibido de Dios. La reina, y emperatriz del cielo entonó agradecida las grandezas que el Todopoderoso obró en su alma: *fecit mihi magna qui potens est* (Luc. 1. 49). Santa Teresa, para dar cuenta de la suya, dice humilde, rendida, y agradecida: *Estas son las perfecciones que siento haber obrado el Señor en mí, ruin, y imperfecta*. Y añade para esmalte, y corona de su relacion: *Todo lo remito al juicio de vuestra merced*, colocando á la obediencia por clave segura de todo su edificio espiritual.

38. Al ver, pues, san Pedro de Alcántara tantas perfecciones en esta alma seráfica, hizo juicio firme de que Dios era el artifice de fábrica tan primorosa. Dió su aprobacion por escrito en un papel (aunque no se sabe cierto si es del santo) que se halló en el convento de la Encarnacion de Avila, donde con singular magisterio, brevedad, y comprension espone treinta y tres razones, sacadas de las entrañas de esta relacion, fundadas en Sagrada Escritura, y en la doctrina de santo Tomás, en que prueba que el espíritu de la Santa es verdadero, seguro, como dado, y gobernado de Dios. Hizo tan justo aprecio de la Santa, desde que por los cristales puros de esta relacion descubrió la imágen hermosísima de su alma, que en adelante con sus cartas, y consejos la dirigió para su progreso espiritual, y la favoreció mucho para sus fundaciones todo el tiempo que vivió, y despues de sus dias con su patrocinio, apareciéndosele algunas veces muy glorioso, y animándola en sus trabajos; y la Santa, como tan agradecida, le pagó todos estos beneficios con entregarle desde entonces el gobierno de su alma: y haberse hecho su insigne cronista, ingiriendo en el libro de su Vida una breve, pero compendiosa relacion de la suya, la cual, aprobada por la Iglesia, ha cooperado, no poco, para su beatificacion, y canonizacion.

CARTA XII.

A uno de los confesores de la Santa, comunicándole tambien el estado de su alma.

JESUS.

1. Paréceme há mas de un año que escribi esto que aqui está: háme tenido Dios de su mano en todo él, que no he andado peor; antes veo mucha mejoría en lo que diré; sea alabado por todo.

2. Las visiones, y revelaciones no han cesado, mas son mas subidas mucho: háme el Señor enseñado un modo de oracion, que me hallo en él mas aprovechada, y con muy mayor desasimiento en las cosas de esta vida, y con mas ánimo, y libertad. Los arrobamientos han erecido; porque á veces con un ímpetu, y de suerte, que sin poderme valer esteriormente, se conoce, y aun estando en compañía, porque es de manera que no se puede disimular, sino es con dar á entender (como soy enferma del corazón), que es algun desmayo; aunque traigo gran cuidado de resistir al principio, algunas veces no puedo.

3. En lo de la pobreza, me parece me ha hecho Dios mucha merced, porque aun lo necesario no querría tener, sino fuese de limosna; y así, deseo en extremo estar donde no se coma de otra cosa. Paréceme á mí que estar á donde estoy cierta, que no me ha de faltar de comer, y de vestir, que no se cumple con tanta perfeccion el voto, ni el consejo de Cristo, como á donde no hay renta, que alguna vez faltará; y los bie-

nes, que con la verdadera pobreza se ganan, parécenme muchos, y no los quisiera perder. Hállome con una fe tan grande muchas veces en parecerme no puede faltar Dios á quien le sirve, y no teniendo ninguna duda, que hay, ni ha de haber ningun tiempo en que falten sus palabras, que no puedo persuadirme á otra cosa, ni puedo temer, y así siento mucho cuando me aconsejan tenga renta, y tórnome á Dios.

4. Paréceme que tengo mucha mas piedad de los pobres, que solía: entiendo yo una lástima grande, y deseo de remediarlos, que si mirase á mi voluntad, les daría lo que traigo vestido. Ningun asco tengo dellos, aunque los trate, y llegue á las manos; y esto veo es ahora don de Dios, que aunque por amor dél hacia la limosna, piedad natural no la tenia. Bien conocida mejoría siento en esto.

5. En cosas que dicen de mí de murmuracion (que son hartas, y en mi perjuicio, y hartos) tambien me siento mejorada. No parece me hace casi impresion mas que á un bobo, y paréceme algunas veces tienen razon, y casi siempre. Siéntolo tan poco, que aun no me parece tengo que ofrecer á Dios, como tengo esperiencia, que gana mi alma mucho; antes me parece me hacen bien. Y así ninguna enemistad me queda con ellos en llegándome la primera vez á la oracion; que luego que lo oigo, un poco de contradiccion me hace, no con inquietud, ni alteracion; antes como veo algunas veces otras personas, me dán lástima: es así, que entre mí me río, porque parecen todos los agravios de tan poco tomo los desta vida, que no hay que sentir; porque me figuro andar en un sueño, y veo que en despertando será todo nada.

6. Dame Dios mas vivos deseos, mas gana de soledad, muy mayor desasimiento, como he dicho con visiones, que se me ha hecho entender lo que es todo aunque deje cuantos amigos, y amigas, y deudos, que esto es lo de menos, antes me cansan mucho parientes: como sea por un tantico de servir mas á Dios, los dejo con toda libertad, y contento, y así en parte hallo paz.

7. Algunas cosas que en oracion he sido aconsejada, me han salido muy verdaderas. Así, que de parte de hacerme Dios merced, hállome muy mas mejorada de servirle, yo de mi parte harto mas ruin; porque el regalo he tenido mas que se ha ofrecido, aunque hartas veces me dá harta pena. La penitencia, poca; la honra que me hacen, mucha; bien contra mi voluntad hartas veces.

Aquí estaba una raya, y luego dice:

8. Esto que está aquí de mi letra há nueve meses, poco mas, ó menos, que lo escribi. Despues acá no he tornado atrás de las mercedes